

Queridos hermanos y hermanas:

Entra en escena el segundo protagonista del Adviento: Juan el Bautista. Y, lógicamente, los textos van entrelazados: la profecía de Malaquías nos dice que el que precede al Mesías habrá de ser como Elías. Es curioso cómo retrata al profeta. Coincide con Juan.

Juan pertenecía a una familia sacerdotal, pero él no va a ser sacerdote. Zacarías e Isabel no esperaban ya descendencia, pero la tienen. Parece que todo va a contramano de lo que debe suceder. Para Dios nada hay imposible. Sin embargo estos acontecimientos suceden dentro de la vida cotidiana de estos personajes que saben descubrirlo en las pequeñas cosas. Puede pasarnos a nosotros lo mismo, que Dios vaya a contracorriente en nuestra vida, que aparezca en los momentos menos oportunos, cuando ya está vencida la esperanza. Estar atentos es el mensaje.

La circuncisión era el rito de rescate del judío, la señal de pertenencia, la introducción a la comunidad israelita que le aseguraba la bendición de Yavé. En este contexto es donde recibe una doble bendición. No para él. La recibe porque será el precursor, el que va delante, el que anuncia.

La otra gran figura que abre, el preámbulo, nos advierte. Dice el texto que Dios estaba con él.

Nosotros andamos un poco en la misma situación que Juan. No somos más que anunciadores. Como esos hombres que llevan una pancarta diciendo qué se debe hacer o comprar. Juan tuvo que adivinarlo, como nosotros hemos de intuirlo en tantas ocasiones. Juan sería un icono que señalaba, que advertía. Nosotros también. Esperaba y sabía reconocer. Nosotros también. Ya a las puertas del cumplimiento de nuestro triunfo, no hay más que abrir las ventanas para que pueda entrar la claridad. Nuestra espera tiene recompensa.

Pedro Barranco